

SOC 14 - 20
16 copias

3

Cómo se llega a ser fumador de marihuana

SOC 14

10
COD (20)

Un número desconocido, pero probablemente bastante grande, de personas, en Estados Unidos, fuma marihuana. Lo hacen a pesar del hecho de que es tanto ilegal como desaprobado por los demás. El fenómeno de la marihuana ha recibido mucha atención, particularmente por parte de los psiquiatras y de los oficiales encargados de la imposición de las leyes. Las investigaciones que se han hecho al respecto se centran principalmente, como ocurre con frecuencia con las investigaciones sobre conductas consideradas desviadas, en la pregunta: ¿por qué lo hacen? Los intentos de explicar el uso de marihuana se basan grandemente en la premisa de que la presencia de cualquier tipo especial de conducta en un individuo puede explicarse mejor como la consecuencia de alguna característica del individuo que lo predispone o motiva para entregarse a dicha conducta. En el caso del uso de la marihuana, esta característica se considera habitualmente psicológica, una necesidad de fantasía y huida de los problemas psicológicos que el individuo no puede enfrentar.¹

No creo que estas teorías puedan explicar adecuadamente el uso de marihuana. En realidad, el uso de la marihuana es un caso de interés para las teorías de la desviación, porque ilustra la forma en la cual las motivaciones desviadas realmente se desarrollan en el curso de la experiencia con la actividad desviada. A pesar de su complejidad, podemos poner este planteo en pocas palabras: en vez de que las motivaciones desviadas lleven a la conducta desviada, las cosas pasan al revés; la conducta desviada produce con el tiempo las motivaciones desviadas. Ciertos impulsos y deseos vagos—que probablemente, en este caso, sean con gran frecuencia una curiosidad con respecto al tipo de experiencia que la droga puede producir—son transformados en patrones de conducta a través

1. Véase, como ejemplo de este enfoque, los siguientes artículos: Eli Marcovitz y Henry J. Meyers, «The Marihuana Addict in the Army», *War Medicine*, VI (diciembre, 1944), págs. 382-391; Herbert S. Gaskill, «Marihuana, an Intoxicant», *American Journal of Psychiatry*, CII (septiembre, 1945), págs. 202-204; Sol Charen y Luis Perelman, «Personality Studies of Marihuana Addicts», *American Journal of Psychiatry*, CII (marzo, 1946), págs. 674-682.

de la interpretación social de una experiencia física que es en sí ambigua. El uso de la marihuana es una función de la concepción que el individuo tiene de la marihuana y de los usos que puede dársele, y esta concepción se desarrolla a medida que la experiencia del individuo con la droga aumenta.²

La investigación desarrollada en este capítulo y el siguiente se refiere a la carrera del fumador de marihuana. En este capítulo estudiaremos el desarrollo de la experiencia física inmediata del individuo con la marihuana, mientras que en el siguiente consideraremos la forma en que reacciona ante los diferentes controles sociales que han surgido frente al uso de la droga. Lo que tratamos de comprender aquí es la secuencia de cambios de actitud y de experiencia que llevan al uso de la marihuana por placer. Esta forma de formular el problema requiere una pequeña explicación. La marihuana no produce adicción, por lo menos no en el sentido en que la producen el alcohol y los opiáceos. El fumador no experimenta síndrome de abstinencia y no presenta deseos incontrolables por la droga.³ El patrón de uso más frecuente podría ll-

2. Este punto de vista teórico surge del análisis de los objetos realizado por George Herbert Mead en *Mind, Self and Society* (Chicago: University of Chicago Press, 1934), págs. 277-280. [Traducción castellana: *Espíritu, persona y sociedad* (Buenos Aires: Editorial Paidós, 1953).]

3. Cf. Roger Adams, «Marihuana», *Bulletin of the New York Academy of Medicine*, XVIII (noviembre, 1942), págs. 705-730.

* Se denomina *hábito* a la necesidad del consumo continuado de una droga, cuya interrupción provoca trastornos psíquicos o físicos. El *hábito* puede ser de dos tipos: a) *habituación, acostumbamiento o dependencia psíquica* y b) *adicción o toxicomanía*. El más importante y grave de los dos es la *adicción o toxicomanía*, definida por el Comité de Expertos de la Organización Mundial de la Salud (1950) como un estado de intoxicación periódica o crónica, perjudicial para el individuo y la sociedad, producido por el consumo repetido de una droga, que se caracteriza por la presencia de tres fenómenos distintos pero íntimamente relacionados: la *tolerancia*, la *dependencia psíquica* y la *dependencia física*. La *tolerancia* se define como la necesidad de incrementar la dosis para obtener el mismo efecto. La *dependencia psíquica* o *habituación* significa que el individuo se ha acostumbrado al consumo de la droga y que el mismo no puede interrumpirse sin provocar trastornos emocionales de necesidad de la misma. La *dependencia física* es el estado en el cual el individuo debe continuar usando la droga para impedir la aparición de síntomas somáticos más o menos serios, los cuales se denominan *síndrome de abstinencia*. Las drogas capaces de producir adicción siempre producen síndrome de abstinencia, e incluyen la morfina, heroína y otros opiáceos, la cocaína, el alcohol y los barbitúricos, siendo denominadas *drogas de adicción o estupefacientes*. La principal diferencia entre las drogas de adicción y las de habituación aparte de la ausencia del síndrome de abstinencia en estas últimas, es que en las primeras existen deseos incontrolables (*compulsión*) de continuar con el consumo de la droga, mientras que en las segundas sólo existen deseos, no compulsivos, de continuar recibiendo la droga por el placer que ésta produce (Comité de Expertos, 1957). La marihuana debe, por lo tanto, incluirse en el grupo de las drogas de habituación y no en el de las

«recreacional». La droga es usada ocasionalmente por el placer que el fumador halla en la misma, lo que constituye una conducta relativamente casual, si se la compara con aquella relacionada con el uso de drogas adictivas. El informe presentado por el *New York City Mayor's Committee on Marihuana* (comité creado por el alcalde de la ciudad de Nueva York para el estudio del problema de la marihuana) * subraya este punto:

Una persona puede ser un fumador confirmado durante un período prolongado y luego abandonar la droga voluntariamente sin experimentar deseos irreductibles por la misma ni presentar síntomas de abstinencia. Puede volver a fumarla, algún tiempo después. Otros pueden seguir como fumadores infrecuentes del cigarrillo, fumando uno o dos por semana, o sólo cuando la «situación social» exige su participación. De tiempo en tiempo, hicimos que uno de nuestros investigadores se relacionara con un fumador de marihuana. El investigador hacía surgir el tema de la marihuana, y esto llevaba inevitablemente a la sugerencia de que consiguieran algunos cigarrillos. Buscaban entonces una «casa de té» ** y, si ésta estaba cerrada, el fumador y nuestro investigador retomaban su actividad previa, como, por ejemplo, discutir problemas de la vida en general o jugar al billar. No había aparentemente signos indicadores de una frustración en el fumador al no poder gratificar su deseo por la droga. Consideramos este punto altamente significativo, en tanto que es tan contrario a la experiencia de los consumidores de otros estupefacientes. Una situación similar que hubiera sucedido a un adicto al uso de morfina, cocaína o heroína, hubiera traído como consecuencia una actitud compulsiva por parte del adicto para obtener la droga. En caso de no poder procurársela, hubieran habido manifestaciones físicas y mentales evidentes de frustración. Esto puede considerarse

de adicción, ya que no produce dependencia física ni necesidad compulsiva de continuar con el consumo de droga. Véase: Comité de Expertos en Drogas Toxicomanígenas, *Segundo Informe*, Serie de Informes Técnicos Nº 21 (Ginebra: Organización Mundial de la Salud, 1950), y *Séptimo Informe*, Serie de Informes Técnicos Nº 116 (Ginebra: Organización Mundial de la Salud, 1957). [N. del T.]

* En setiembre de 1938, y ante la oleada de terror y redadas policiales realizadas para combatir el «peligro de la marihuana», el famoso alcalde de la ciudad de Nueva York, Fiorello H. LaGuardia, solicitó a la Academia de Medicina de Nueva York su colaboración para realizar un estudio científico y sociológico del consumo de marihuana en la ciudad de Nueva York. Se creó un comité (conocido como el «Comité del Alcalde»), compuesto por treinta y un notables médicos, psiquiatras, psicólogos clínicos, sociólogos, farmacólogos y químicos, que realizó el estudio más completo que se haya hecho hasta el momento sobre el problema de la marihuana. Este estudio, publicado en 1944, y referencia obligada para todo trabajo sobre la marihuana, concluyó que «los males comunmente atribuidos a la marihuana... son exagerados». [N. del T.]

** *Tea pad* en el original: lugar donde se vende marihuana. [N. del T.]

como una evidencia presuntiva de que no existe una verdadera adicción, en el sentido médico de la palabra, asociada al uso de la marihuana.⁴

Al utilizar la frase «uso por placer», quiero subrayar el carácter no compulsivo y casual de la conducta. (Quiero también eliminar de este estudio la consideración de aquellos pocos casos en los que la marihuana es usada solamente por su valor de prestigio, como un símbolo de que uno es cierto tipo de persona, sin derivar ningún placer de su uso.)

La investigación que voy a desarrollar no fue planteada de modo que pudiera constituir una prueba crucial de las teorías que relacionan el uso de marihuana con un rasgo psicológico del fumador. Sin embargo, nos muestra que las explicaciones psicológicas no son en-sí mismas suficientes para explicar el uso de la marihuana y que, tal vez, no son ni siquiera necesarias. Los investigadores que intentaron demostrar tales teorías psicológicas se encontraron con dos grandes dificultades, que nunca fueron resueltas satisfactoriamente, y que son evitadas por la teoría que aquí se presenta. En primer lugar, las teorías basadas en la existencia de algún rasgo psicológico predisponente tienen dificultades para explicar la presencia del grupo de fumadores, que aparecen en cantidades destacables en todos los estudios,⁵ que no presentan el rasgo o rasgos a los que se atribuye la causa de la conducta. En segundo lugar, las teorías psicológicas tienen dificultades para explicar la gran variabilidad que se da a lo largo del tiempo en la conducta del individuo con respecto a la droga. La misma persona puede en un momento dado ser incapaz de utilizar la droga para obtener placer, para luego ser capaz y estar deseosa de hacerlo, y, posteriormente, volver a ser incapaz de utilizarla de esta forma. Estos cambios, que son difíciles de explicar partiendo de una teoría basada en las necesidades de «huida» del fumador, son fácilmente comprensibles si los consideramos como consecuencia de cambios en su concepción de la droga. En forma similar, si consideramos al fumador de marihuana como a una persona que ha aprendido a ver a la marihuana como algo capaz de producirle placer, no tendremos dificultad alguna en comprender la existencia de fumadores psicológicamente «normales».

Al realizar este estudio, he usado el método de la inducción analítica. He tratado de llegar a un enunciado general de la secuencia

4. The New York City Mayor's Committee on Marihuana, *The Marihuana Problem in the City of New York*, (Lancaster, Pennsylvania: Jacques Cattell Press, 1944), págs. 12-13.

5. Cf. Lawrence Kolb, «Marihuana», *Federal Probation*, II (julio 1938), págs. 22-25; y Walter Bromberg, «Marihuana, A Psychiatric Study», *Journal of the American Medical Association*, CXIII (julio 1, 1939), pág. 11.

de cambios en la actitud y experiencia del individuo que siempre se presentó en los casos en que el individuo llegó a ser capaz de estar dispuesto a utilizar la marihuana para obtener placer, mientras que en los casos en que la persona no estaba dispuesta a utilizar la marihuana para obtener placer, estos cambios nunca se presentaron o no pudieron mantenerse en forma permanente. Este método requiere que *todos* los casos recogidos en la investigación confirmen la hipótesis. Si se encuentra un caso que no la confirma, el investigador está obligado a modificar la hipótesis para que ésta pueda ajustarse al caso que ha refutado la idea inicial.⁶

Para desarrollar y probar mi hipótesis sobre la génesis del uso de la marihuana por placer, llevé a cabo cincuenta entrevistas con fumadores de marihuana. Yo había trabajado durante algunos años como músico profesional en orquestas populares cuando realicé este estudio, y mis primeras entrevistas fueron con gente que había conocido entre los músicos. Pedí a algunos de ellos que me pusieran en contacto con otros fumadores que estuvieran dispuestos a discutir sus experiencias conmigo. Unos colegas que estaban trabajando en un estudio sobre adictos a los opiáceos me permitieron estudiar algunas de sus entrevistas que contenían, aparte del material sobre opiáceos, suficiente material sobre el uso de marihuana como para servir de prueba a mi hipótesis.⁷ Aunque al final, la mitad de las cincuenta entrevistas se realizaron con músicos, la otra mitad cubría una amplia gama de personas, que incluía obreros, maquinistas y profesionales. Desde luego que esta muestra no es, desde ningún punto de vista, elegida al azar; no es posible tomar una muestra al azar, ya que nadie conoce la naturaleza del universo del cual la misma debiera extraerse.

Al entrevistar a los fumadores, me concentré en la historia de la experiencia que la persona tuvo con la marihuana, buscando los principales cambios en sus actitudes hacia la droga y hacia su propio uso de la misma, y los motivos de estos cambios. Siempre que resultó posible y apropiado, usé la jerga del propio fumador.⁸

6. Este método se describe en Alfred R. Lindesmith, *Opiate Addiction* (Bloomington, Indiana: Principia Press, 1947), capítulo 1. Este método ha sido analizado en forma considerable en la bibliografía. Véase, particularmente, Ralph H. Turner, «The Quest for Universals in Sociological Research», *American Sociological Review*, 18 (diciembre, 1953), págs. 604-611, y la bibliografía allí citada.

7. Quisiera agradecer a Solomon Kobrin y Harold Finestone por permitirme el acceso a estas entrevistas.

⁸ En este capítulo, así como en los subsiguientes, se incluyen numerosas citas de entrevistas, realizadas en el dialecto o *slang* de los individuos interrogados. Con el fin de retener los matices del original, he decidido traducirlas a nuestro lunfardo local. Con respecto al vocabulario propio de los fumadores de

La teoría comienza con la persona que ha llegado al punto de estar dispuesta a probar la marihuana. (Ya analizaré cómo llegó allí en el próximo capítulo.) Sabe que otras personas usan la marihuana para «volar», pero no sabe lo que esto quiere decir, en forma concreta. Se siente curioso con respecto a la experiencia, ignorante con respecto a sus posibles resultados, y temeroso de que los mismos puedan llegar a ser mucho más de lo que él buscaba. Las etapas que voy a describir, le permiten, si las recorre todas y si mantiene las actitudes que ha desarrollado a través de las mismas, llegar a estar dispuesto a y ser capaz de utilizar la droga para obtener placer cuando se presente la oportunidad de hacerlo.

Aprender la técnica

El fumador novicio no logra habitualmente «volar» la primera vez que fuma marihuana, y lo común es que se necesiten varios intentos para poder inducir este estado. Una forma de explicar este hecho es que el principiante no está fumando la droga «correctamente», es decir, de un modo tal de asegurarse de recibir una dosis suficiente para producir verdaderos síntomas de intoxicación. La mayoría de los fumadores están de acuerdo en que la marihuana no puede fumarse como tabaco, si es que uno quiere «volar»:

Tenés que meterte adentro un montón de aire, sabés, y... No sé cómo explicártelo; no lo fumás como un cigarrillo, lo que hacés es meterte adentro un montón de aire, llevarlo bien adentro de tu organismo y dejarlo ahí. Tenés que dejarlo ahí todo el tiempo que puedas.

marihuana, cabe hacer algunas aclaraciones. El término fundamental de dicho vocabulario es el que se refiere al estado de intoxicación, descrito en inglés con la palabra *high* (literalmente «alto»); *to be high* y *to get high* significan, respectivamente, «estar intoxicado con marihuana» e «intoxicarse con marihuana», y pueden traducirse por «volar», «viajar» o «calentarse». Cabe señalar que uno puede estar *high* no sólo por los efectos de la marihuana, sino también por otras drogas (alcohol, anfetaminas, etc.). La palabra *stoned* significa el grado máximo de intoxicación, y puede traducirse por «estar planchado» o «estar en órbita»; este término, a diferencia del anterior, sólo se aplica a la marihuana. *To turn on* significa «fumar marihuana» y *to turn someone on* significa «hacer fumar marihuana a alguien»; las he traducido como «cargarse» y «cargar a alguien», respectivamente. *To be on pot* es «estar *high* por los efectos de la marihuana», y lo he traducido como «estar fumado». Existen, desde luego, innumerables nombres para la marihuana, entre los cuales los más comunes son *pot* (intraducible), *grass* («pasta»), *weed* («yuyo»), *tea* («té»); en nuestro país es habitual el nombre «maconia», de origen brasileño. [N. del T.]

Si no se utiliza esta técnica,⁸ la droga no producirá efecto alguno, y el fumador no podrá «volar»:

El problema con esos tipos [los que no pueden «volar»] es que simplemente no la están fumando bien; ese es todo el secreto. O no mantienen el humo adentro suficiente tiempo, o están aspirando demasiado aire y poco humo, o al revés, o algo por el estilo. Un montón de gente simplemente no la fuma bien, de modo que por supuesto no pasa nada.

Si no pasa nada, es evidentemente imposible que el fumador desarrolle una concepción de la droga como objeto utilizable para producir placer, y, en consecuencia, no va a continuar usando la droga. El primer paso en la serie de acontecimientos que deben suceder para que el individuo continúe usando la droga, es el aprendizaje de la técnica adecuada para fumarla, de modo que la droga produzca efectos, en función de los cuales pueda cambiar su concepción de la misma.

Un tal cambio es, como cabría esperar, el resultado de la participación del individuo en grupos en los cuales se fuma marihuana. Es en ellos que el mismo aprende la forma correcta de fumar la droga. Esto puede darse a través de una enseñanza directa:

Yo lo estaba fumando como si fuera un cigarrillo común. Él me dijo: «No, no lo hagás así.» Me dijo: «Chupalo, sabés, metétele adentro y aguantátele en tus pulmones hasta que... dejalo un rato.»

Yo le dije: «¿Hay algún límite de tiempo para aguantarlos?»

Él me dijo: «No, sólo hasta que sientas que querés largarlo, y entonces lo largás.» De modo que lo hice tres o cuatro veces.

Muchos fumadores novicios tienen vergüenza de admitir su ignorancia y, al pretender que ya lo saben todo, deben aprender a través de los métodos más indirectos de la observación y la imitación:

Hice como si ya me hubiera cargado [fumado marihuana] muchas veces antes, sabés. No quería parecer un inútil en estas cosas. Te das cuenta, yo no sabía nada sobre el asunto: ni cómo fumarlo, ni qué iba a pasar, ni nada. Entonces lo juné con todo, sin sacarle los ojos de encima ni un segundo porque quería hacer todo igual que él. Miré cómo lo agarraba, cómo lo fumaba, y todo. Entonces, cuando me lo dio a mí, me largué tranquilito, como si supiera exactamente cómo era la cosa. Lo agarré igual que él y me mandé una pitada exactamente igual que él.

8. Un farmacólogo señala que este ritual es realmente un método extremadamente eficiente para producir el pasaje de la droga al torrente sanguíneo. Véase R. P. Walton, *Marihuana: America's New Drug Problem*, (Philadelphia: J. B. Lippincott, 1938), pág. 48.

Ninguno de mis entrevistados continuó fumando marihuana por placer sin aprender una técnica que proveyera una dosis suficiente como para que aparecieran los efectos de la droga. Sólo en aquellos casos en que ésta se aprendió, fue posible que emergiera una concepción de la droga como un objeto utilizable para obtener placer, y, de no darse esta concepción, el individuo consideró al uso de la marihuana como algo sin sentido y lo abandonó.

Aprender a percibir los efectos

Aun después de aprender la técnica adecuada para fumar la droga, el nuevo fumador puede no conseguir «volar» y, en consecuencia, no formarse una concepción de la droga como algo que puede usarse para obtener placer. Una observación hecha por un fumador me sugirió el motivo de esta dificultad para «volar» y me señaló la siguiente etapa necesaria para llegar a ser un fumador:

En realidad, he visto un tipo que estaba volando totalmente en órbita, sin darse cuenta.

[¿Cómo puede ser eso, hermano?]

Bueno, te reconozco que es bastante raro, pero lo vi. Este tipo se vino a fumar conmigo, diciendo que nunca había viajado, era uno de esos tipos, y quedó completamente planchado, pero seguía insistiendo con que no estaba viajando, de modo que tuve que demostrarle que sí estaba.

¿Qué quiere decir esto? Esta observación nos sugiere que el «volar» está integrado por dos elementos: la presencia de síntomas provocados por la marihuana, por un lado, y el reconocimiento de estos síntomas por parte del fumador y la asociación de los mismos con su uso de la droga, por el otro. Es decir, que no es suficiente que los efectos estén presentes; ellos no previenen, por sí mismos, la experiencia de «volar». El fumador tiene que ser capaz de percibirlos en sí mismo y relacionarlos conscientemente con el hecho de haber fumado marihuana, antes de tener esta experiencia. De no ser así, y sin que importe qué efectos se producen realmente, el fumador considera que la droga no ha tenido efecto alguno en él: «pensé que, una de dos, o no tenía efecto sobre mí o la otra gente exageraba el efecto que tenía sobre ellos, sabés. Pensé que probablemente era sólo psicológico». Estas personas creen que todo es una ilusión y que el deseo de «volar» lleva al fumador a engañarse a sí mismo y creer que algo pasa, cuando, en realidad, nada está pasando, y abandonan el uso de la marihuana, ya que sienten que «no les dá nada». Sin embargo, lo común es que el principiante tenga fe (desarro-

llada a partir de la observación de fumadores que «vuelan») en que la droga le producirá realmente una experiencia nueva, y continúa experimentando con la misma hasta que lo logra. Su fracaso al tratar de «volar» lo preocupa, y es probable que interroge a otros fumadores más experimentados o provoque comentarios por parte de los mismos sobre el asunto. En estas conversaciones, toma conciencia de ciertos detalles específicos de su experiencia que puede no haber notado antes, o que tal vez haya notado, pero sin identificarlos como síntomas de estar «volando».

Yo no volé la primera vez... Creo que no retuve el humo bastante tiempo. Probablemente lo largué, sabés, uno tiene un poco de miedo. La segunda vez no estaba seguro, y él [el compañero con quién fumaba] me dijo, porque le pregunté por alguno de los síntomas o algo parecido, que cómo me iba a dar cuenta, sabés... De modo que él me dijo que me sentara en un banco alto. Me senté —creo que me senté en un banco de bar— y me dijo: «Dejá tus pies colgando,» y entonces, cuando me bajé, mis pies estaban bien fríos, sabés.

Y entonces empecé a sentirlo, sabés. Esa fue la primera vez. Y después fue casi una semana después de ésa, más o menos, que realmente entré. Esa fue la primera vez que tuve un gran ataque de risa, sabés. Entonces supe que realmente estaba en viaje.

Uno de los síntomas de «volar» es un hambre intensa. En el caso siguiente, el principiante toma conciencia de esto y logra «volar» por primera vez:

Se estaban cagando de risa de mí porque yo estaba comiendo tanto. Yo estaba morfando toda esa comida y ellos se reían de mí, sabés. En momentos yo los miraba, sabés, preguntándome de qué se reían, sabés, sin saber lo que hacía. [Bueno, al final ¿te dijeron de qué se reían?] Sí, sí, yo volví y dije: «Hombre ¿qué es lo que pasa?» Sabés, como si preguntara: «¿Qué es lo que pasa?» y de pronto me sentí raro, sabés. «Hermano, ya estás fumando, sabés. Estás en órbita.» Y yo dije: «No ¿en serio?» como si no supiera qué estaba pasando.

El aprendizaje puede darse en formas más indirectas:

Escuché algunos comentarios que hacían otras personas. Alguien dijo: «Mis piernas están blandas,» y no puedo recordar todos los comentarios que hicieron porque estaba buscando muy atentamente todas esas señales de lo que se suponía que yo tenía que sentir.

El principiante, deseoso de alcanzar esta sensación, recoge de los otros fumadores algunas referencias concretas del término «volar» y las aplica a su propia experiencia. Estos nuevos conceptos le

permiten localizar estos síntomas entre sus propias sensaciones y señalarse a sí mismo un «algo diferente» en su experiencia, que él conecta con el uso de la droga. Sólo cuando puede hacer todo esto es que el fumador «vuela» realmente. En el caso siguiente, el contraste entre dos experiencias sucesivas de un fumador nos muestra claramente la importancia crucial de la toma de conciencia de los síntomas para «volar» y vuelve a subrayar el importante papel jugado por la interacción con otros fumadores, al adquirir los conceptos que hacen posible esta toma de conciencia:

[¿Pudiste volar la primera vez que te fumaste?] Sí, seguro. Aunque, ahora que lo pienso, supongo que no fue así realmente. Quiero decir, esa primera vez fue más o menos como estar un poco borracho. Me sentía feliz, te das cuenta. Pero no sabía realmente que estaba volando, ¿te das cuenta? Fue sólo después de la segunda vez que me mandé el viaje que me di cuenta que la primera vez había volado. Entonces supe que estaba pasando algo diferente.

[¿Cómo te diste cuenta de eso?] ¿Qué cómo me di cuenta? Si lo que me pasó esa noche te hubiera pasado a vos, te habrías dado cuenta, podés estar seguro. Tocamos el primer tema durante casi dos horas ¡un solo tema! ¡Imaginate eso, hermano! Nos subimos a la tarima y tocamos ese solo tema; empezamos a las nueve en punto. Cuando terminamos, miré mi reloj y eran las once menos cuarto. Casi dos horas con un solo tema. Y no pareció nada.

Sabés, quiero decir que eso es lo que te hace. Es como si tuvieras más tiempo o algo parecido. De cualquier modo, cuando vi eso, hermano, eso fue demasiado. Me di cuenta que tenía que estar realmente en órbita o algo parecido, si podía pasarme algo así. Entonces me explicaron que eso era lo que te hacía, que te daba un sentido diferente del tiempo y todo lo demás. De modo que me di cuenta que ése era el asunto. Entonces lo supe. Como la primera vez, que probablemente me sentí igual, sabés, pero no sabía lo que estaba pasando.

Es sólo cuando el principiante llega a ser capaz de «volar», en este sentido, que continuará fumando marihuana por placer. En todos los casos en los cuales se continuó usando la droga, el fumador había adquirido los conceptos necesarios con los que pudiera expresarse a sí mismo el hecho de que estaba experimentando nuevas sensaciones provocadas por la droga. Es decir que, para que continúe usando la droga, no sólo es necesario que el fumador use la droga en forma de que esta produzca efectos, sino que también aprenda a percibir estos efectos cuando se presentan. De este modo, la marihuana adquiere significado para el fumador, como un objeto que puede ser usado para obtener placer.

A medida que aumenta su experiencia, el fumador desarrolla una mayor apreciación de los efectos de la droga; continúa aprendiendo a «volar». Examina cuidadosamente las experiencias sub-

secuentes, buscando nuevos efectos y asegurándose de que los ya conocidos siguen allí. A partir de esta experiencia, el fumador desarrolla un conjunto estable de categorías para experimentar los efectos de la droga, conjunto de categorías cuya presencia le permite «volar» con facilidad.

A medida que adquieren este conjunto de categorías, los fumadores se transforman en conocedores. Al igual que los expertos en vinos finos, pueden especificar el lugar en el cual creció una determinada planta y la estación del año en la cual fue cosechada. Aunque habitualmente no es posible saber si estas afirmaciones son correctas, lo cierto es que ellos distinguen entre las diferentes partidas de marihuana, no sólo de acuerdo con su potencia, sino también con respecto a las diferentes clases de síntomas producidos.

Para que el uso de la marihuana continúe, también debe mantenerse la capacidad de percibir los efectos de la droga; si ésta se pierde, allí termina el uso de la marihuana. Hay dos tipos de pruebas a favor de esta afirmación. En primer lugar, las personas que llegan a ser grandes consumidores de alcohol, barbitúricos u opiáceos, no continúan fumando marihuana, principalmente debido a que pierden la capacidad de distinguir entre sus efectos y los de las otras drogas.⁹ Ellos ya no se dan cuenta si la marihuana los hace «volar». En segundo lugar, en aquellos pocos casos en los que el individuo fuma marihuana en tales cantidades que siempre está «volando», es muy posible que sienta que la droga no tiene efecto sobre él, dado que falta el elemento esencial, que es una diferencia perceptible entre el sentirse «en vuelo» y sentirse normal. En tal situación, es probable que el fumador abandone la droga en forma total, aunque temporaria, con el objeto de poder volver a ser capaz de percibir la diferencia.

Aprender a gustar de los efectos

Todavía falta otra etapa para que el fumador que ya ha aprendido a «volar» continúe usando la droga. Debe aprender a gustar de los efectos que acaba de aprender a experimentar. Las sensaciones producidas por la marihuana no son automática ni necesariamente placenteras. El gusto por semejante experiencia es un

9. «Los fumadores han afirmado repetidas veces que el consumo de whiskey mientras se fuma, anula la potencia de la droga. Encuentran que es muy difícil llegar a "volar" mientras beben whiskey, y por eso los fumadores no beben mientras están consumiendo el "yuyo". (New York City Mayor's Committee on Marihuana, *The Marihuana Problem in the City of New York*, op. cit., pág. 13).

gusto adquirido socialmente, que no se diferencia en ese sentido de los gustos adquiridos por las ostras o los martinis secos. El fumador se siente mareado, sediento; le pica el cuero cabelludo; calcula mal el tiempo y las distancias. ¿Son todas estas cosas placenteras? Él no está seguro de que lo sean, pero, si va a continuar fumando marihuana, debe decidir que sí lo son. De no ser así, el «volar», aún cuando resulte una experiencia real, será una experiencia desagradable que uno preferiría evitar.

Los efectos de la droga, al ser percibidos por primera vez, pueden ser físicamente desagradables, o por lo menos ambiguos:

Empezó a hacerme efecto, y yo no sabía qué era lo que pasaba, sabés, qué era eso, y me sentía muy descompuesto. Caminé alrededor de la habitación, caminando por la habitación, tratando de que se me pasara, sabés; simplemente me asustó al principio, sabés. No estaba acostumbrado a ese tipo de sensación.

Además, la interpretación ingenua, por parte del principiante, de lo que le está pasando, puede confundirlo y asustarlo aún más, particularmente si decide, como lo hacen muchos, que se está volviendo loco:

Senti que estaba loco, sabés. Todo lo que la gente me hacía me pasaba por encima. No podía mantener una conversación, y mi mente estaba vagando, y estaba siempre pensando, oh, no sé qué, cosas raras, como escuchar música diferente... Tengo la sensación de que no puedo hablar con nadie, que voy a meter la pata del todo.

Dadas estas experiencias típicamente amedrentadoras y desagradables, el principiante no continuará usando la droga a menos que aprenda a redefinir las sensaciones como placenteras:

Me la ofrecieron y la probé. Te voy a decir una cosa. Nunca me gustó en lo más mínimo. Quiero decir que simplemente no había nada que me pudiera gustar. [Bueno, pero ¿pudiste volar cuando te cargaste?] Oh, sí, tuve sensaciones muy claras, pero no me resultaron agradables. Quiero decir que tuve montones de sensaciones, pero la mayoría eran reacciones de miedo. [¿Estabas asustado?] Sí. No me gustó. No conseguía relajarme con eso, sabés. Si no podés relajarte con una cosa, no podés disfrutarla, no creo que puedas.

En otros casos, las primeras experiencias fueron también claramente desagradables, pero la persona llegó a ser un fumador de marihuana. Esto ocurrió, sin embargo sólo después que una experiencia posterior le permitió redefinir las sensaciones como placenteras:

[La primera experiencia de este hombre fue extremadamente desagradable, con distorsión de las relaciones espaciales y sonidos, sed violenta y pánico

producido por estos síntomas.] Después de la primera vez, no volví a cargarme por, más o menos, diez meses a un año... No era por motivos morales; era porque me había asustado tanto de volar tan alto. Y no quería tener que pasar por eso de vuelta, quiero decir, mi reacción fue: «Bueno, si esto es lo que llaman volar, no me gusta.» ... De modo que no volví a cargarme casi un año, por todo eso...

Bueno, mis amigos empezaron y entonces empecé de nuevo. Pero no lo tuve más, no tuve la misma reacción inicial, después que volví a empezar a cargarme.

[En la interacción con sus amigos, pudo llegar a ser capaz de encontrar placer en los efectos de la droga, y eventualmente llegó a ser un fumador habitual.]

En ningún caso continuará el uso de la droga sin una redefinición de sus efectos como algo agradable.

Esta redefinición ocurre, en forma típica, a través de la interacción con fumadores más experimentados, quienes enseñan, de muchas maneras, al principiante a encontrar placer en esta experiencia que resulta al principio tan amedrentadora.¹⁰ Pueden tranquilizarlo con respecto al carácter temporario de las sensaciones desagradables y reducir a un mínimo su gravedad, al mismo tiempo que le llaman la atención sobre los aspectos más agradables. Un fumador experimentado describe así como maneja a los novicios en el uso de la marihuana:

Bueno, llegan a volar bastante a veces. La persona promedio no está preparada para eso, y les da un poco de miedo, a veces. Quiero decir, ellos se han calentado antes con alcohol, y con esto se calientan mucho más de lo que se han calentado en toda su vida, y no saben qué es lo que les está pasando. Porque piensan que van a seguir volando más alto, más alto, cada vez más alto, hasta que se vuelvan locos o empiecen a hacer cosas raras, o algo por el estilo. Entonces tenés que tranquilizarlos, explicarles que no están perdiendo la chaveta, ni nada, que todo va a andar bien. Tenés que hablarles hasta que dejen de tener miedo. Les seguís hablando, tranquilizándolos, diciéndoles que todo está bien. Y también salir con tu propia historia, sabés: «Lo mismo me pasó a mí. Ya te va a gustar después de un rato.» Les seguís hablando así y pronto conseguís que dejen de tener miedo. Además, te ven que vos estás haciendo lo mismo y no te pasa nada horrible, y eso les da más confianza.

El fumador más experimentado puede también enseñar al principiante a regular más cuidadosamente la cantidad que fuma, de modo de evitar cualquier síntoma muy desagradable, reteniendo los placenteros. Finalmente, enseña al nuevo fumador que esto puede «llegar a gustarle después de un rato». Le enseña a con-

10. Charen y Perelman, *op. cit.*, pág. 679.

siderar como agradables estas experiencias ambiguas antes definidas como desagradables. El fumador más antiguo es, en el incidente que relato a continuación, una persona cuyos gustos ya han virado de esta manera, y sus comentarios tienen el efecto de ayudar a otros a realizar una redefinición similar:

Una nueva fumadora tuvo su primera experiencia con los efectos de la marihuana y se asustó y reaccionó histéricamente. Se sentía «como si estuviera mitad dentro y mitad fuera de la habitación» y experimentó una cantidad de síntomas físicos alarmantes. Uno de los fumadores más experimentados que estaban presentes dijo: «Está así de puro alto que voló. Daría cualquier cosa por poder volar tan alto como ella. Hace años que no vuelo así.»

En resumen, lo que fuera en un momento amedrentador y desagradable se transforma, luego de que se desarrolla un gusto por la experiencia, en algo placentero, deseado y buscado. El placer es introducido por la definición favorable de la experiencia que uno obtiene de los demás. Sin este cambio, el uso de la droga no va a continuar, ya que la marihuana no representará para el fumador un objeto que puede ser utilizado para obtener placer.

Además de ser una etapa necesaria para llegar a ser un fumador, esta actitud representa una importante condición para el uso continuado de la droga. Es bastante común que fumadores experimentados tengan de pronto una experiencia desagradable o amedrentadora, que no pueden definir como placentera, ya sea porque han fumado una cantidad de marihuana mayor que la habitual o porque la marihuana que han usado resultó ser de una calidad superior de lo que esperaban. El fumador tiene sensaciones que van más allá de cualquier concepción que él tenga del «volar» y se encuentra en casi la misma situación que el principiante, incómodo y asustado. Puede echarle la culpa a una sobredosis y simplemente tener más cuidado en el futuro. Pero puede aprovechar la ocasión para reevaluar su actitud frente a la droga y decidir que ya no le puede dar más placer. Cuando esto ocurre y no es seguido por una redefinición de la droga como capaz de producir placer, acá terminará el uso de la misma.

La probabilidad de que ocurra una tal redefinición depende del grado de contacto del individuo con otros fumadores. Cuando este contacto es intenso, el individuo es prontamente disuadido de su sentimiento en contra del uso de marihuana. Por el contrario, en el caso siguiente, la experiencia fue muy perturbadora, y las consecuencias del incidente redujeron su contacto con otros fumadores a casi cero. El uso de la droga se interrumpió por tres años y recién fue retomado cuando una combinación de circunstancias, entre las cuales fue muy importante la reanudación

de contactos con otros fumadores, hicieron posible una redefinición de la naturaleza de la droga:

Eso fue demasiado, tanto que apenas si me había mandado cuatro pitadas y no podía ni siquiera sacármelo de la boca, de tan alto que volaba, y eso me trastornó del todo. Era en el sótano, sabés, simplemente no podía quedarme adentro ni un minuto más. Mi corazón estaba latiendo con todo, sabés, y yo me estaba volviendo loco; pensé que me estaba volviendo loco del todo. De modo que rajé de ese sótano, y el otro tipo, que también estaba como enloquecido, me dijo: «No, no me dejés, hermano. Quedate aquí.» Pero no pude. Salí al aire libre, y hacía cinco grados bajo cero, y pensé que me moría, y tenía todo mi saco abierto; estaba sudando, estaba transpirando. Tenía todas las tripas..., y entonces caminé hasta unas dos cuadras de allí, y me desmayé y caí detrás de unos arbustos. No sé cuánto tiempo estuve allí. Me desperté, y me sentía terriblemente mal, no puedo describirlo, de modo que me fui a una cancha de *bowling*, y estaba tratando de actuar normalmente, estaba tratando de jugar al billar, te das cuenta, trataba de actuar normalmente, y no podía acostarme y no podía pararme y no podía sentarme, y entonces subí y me acosté en donde se tiran los tipos que ponen los bolos en su lugar, pero no me ayudó nada, y entonces fui al consultorio de un médico. Iba a ir y decirle que me ayudara... porque mi corazón latía tan fuerte, sabés... Así que durante todo el fin de semana estuve como chiflado, viendo cosas raras y sintiéndome como la misma mierda, sabés, todo tipo de cosas anormales... Entonces abandoné por mucho tiempo.

[Fue a un médico que definió sus síntomas como los de un colapso nervioso provocado por sus «nervios» y «preocupaciones». Aunque ya no fumaba marihuana, tuvo algunas recurrencias de los síntomas que le hicieron sospechar que «eran sólo sus nervios».] De modo que dejé de preocuparme, sabés; así que sólo unos treinta y seis meses después volví a fumar. Tomaba unas pocas pitadas, sabés. Al principio volvió a fumar en compañía del mismo amigo que había estado con él en el episodio original.

Vemos entonces que una persona no puede empezar a fumar marihuana por placer, ni continuar fumándola por placer, a menos que aprenda a definir sus efectos como placenteros, a menos que la droga se transforme en —y siga siendo— un objeto concebido como capaz de producir placer.

En resumen, un individuo podrá usar la marihuana para obtener placer sólo después de pasar por un proceso de aprender a concebirla como un objeto que puede ser utilizado de esa manera. Nadie llega a ser un fumador de marihuana sin: 1) aprender a fumar la droga de forma tal que ésta produzca efectos reales; 2) aprender a reconocer los efectos y relacionarlos con el uso de la droga (en otras palabras, aprender a «volar»); y 3) aprender a gustar de las sensaciones que percibe. En el curso de este proceso, desarrolla una disposición o motivación para el consumo de

marihuana que no estaba, ni podía haber estado, cuando empezó a fumarla, ya que implica y depende de ciertas concepciones de la droga que sólo podían surgir de una experiencia real del tipo de las anteriormente descritas. Al completarse este proceso, el individuo está dispuesto a y es capaz de utilizar la marihuana para obtener placer.

Ha aprendido, en pocas palabras, a contestar "Sí" a la pregunta: «¿Es divertido?» La evolución posterior de su uso de la droga dependerá de que pueda seguir contestando «Sí» a esta pregunta y, además, de que pueda contestar «Sí» a otras preguntas que van surgiendo a medida que toma conciencia de las implicancias del hecho de que la sociedad desapruueba esta práctica: «¿Es conveniente?» «¿Es moral?» Una vez que ha adquirido la capacidad de disfrutar del uso de la droga, éste seguirá siendo posible para él. Las dudas con respecto a la moralidad o conveniencia de este uso, provocadas por las reacciones de la sociedad, pueden interferir e inhibirlo, pero el mismo sigue siendo una posibilidad, en términos de su concepción de la droga. El acto sólo llega a ser imposible cuando se pierde la capacidad de disfrutar con la experiencia de «volar», a través de un cambio en la concepción que el fumador tiene de la droga, ocasionado por ciertos tipos de experiencia con la misma.

4

El uso de la marihuana y el control social

El aprender a gustar de la marihuana es una condición necesaria pero no suficiente para que una persona desarrolle una pauta estable de consumo de la droga. Todavía tiene que enfrentarse con las poderosas fuerzas de control social que hacen que este acto parezca inconveniente, inmoral, o ambas cosas a la vez.

Cuando en una sociedad se presenta una conducta desviada —una conducta que desprecia sus normas y valores básicos— uno de los elementos de su surgimiento es el fracaso de los controles sociales que habitualmente operan para mantener las formas aceptadas de conducta. En las sociedades complejas, este proceso puede ser bastante complicado, ya que los fracasos en el control social son a menudo la consecuencia de la participación del individuo en un grupo cuya propia cultura y controles sociales se contraponen a los de la sociedad general. Podemos, entonces, buscar la presencia de factores importantes para la génesis de la conducta desviada, en los procesos por los que las personas se emancipan de los controles de la sociedad y comienzan a responder a los de un grupo más pequeño.

Los controles sociales afectan a la conducta individual, en primer lugar, a través del uso del poder, de la aplicación de sanciones. La conducta positivamente valorada es premiada, mientras que la valorada negativamente es castigada. Sería difícil mantener el control si siempre se necesitara recurrir a la imposición, de modo que surgen entonces otros mecanismos más sutiles que cumplen la misma función. Uno de ellos es el control de conducta que se obtiene al afectar las concepciones que las personas tienen de las actividades a ser controladas y de la posibilidad de su realización. Estas concepciones surgen de situaciones sociales en las que son transmitidas por personas consideradas respetables y con amplia experiencia. Estas situaciones pueden estar ordenadas de tal manera que los individuos lleguen a concebir dicha actividad como desagradable, inconveniente o inmoral y, por lo tanto, no participan en la misma.

Esta perspectiva nos lleva a analizar la génesis de la conducta desviada en términos de los acontecimientos que vuelven inefec-

tivas las sanciones y de las experiencias que cambian las concepciones, de modo que la conducta se transforma en una posibilidad concebible para la persona. En este capítulo analizaré este proceso en el caso del uso de la marihuana. Mi pregunta básica es: ¿Cuál es la secuencia de acontecimientos y experiencias por los que una persona llega a poder dedicarse a fumar marihuana, a pesar de los cuidadosos controles sociales que actúan para prevenir dicha conducta?

En nuestro país [Estados Unidos de Norteamérica], numerosas y potentes fuerzas actúan para controlar el uso de la marihuana. El acto es ilegal y sancionable con severas penas. Su ilegalidad hace que el acceso a la droga sea difícil, colocando obstáculos inmediatos en el camino de cualquier persona que desee usarla. El propio uso puede ser peligroso, ya que siempre es posible que sus consecuencias sean el arresto y encarcelamiento. Además, si los familiares, amigos o empleador del individuo descubren que fuma marihuana, pueden atribuirle los rasgos de status auxiliares que habitualmente se consideran asociados al uso de drogas. Creyéndolo irresponsable e incapaz de controlar su propia conducta, tal vez incluso loco, pueden castigarlo con diversos tipos de sanciones informales pero altamente efectivas, tales como el ostracismo o el retiro de su afecto. Finalmente, se ha desarrollado un conjunto de opiniones tradicionales, que definen esta práctica como una violación de los imperativos morales básicos, como un acto que lleva a la pérdida del autocontrol, parálisis de la voluntad y, eventualmente, esclavitud ante la droga. Tales opiniones son comunes, y representan fuerzas efectivas en la prevención del consumo de marihuana.

La carrera del fumador de marihuana puede dividirse en tres etapas, cada una de las cuales representa un cambio notorio en su relación con los controles sociales de la sociedad general y con los de la subcultura en la cual se encuentra el uso de la marihuana.

1) La primera está representada por el principiante, o sea persona que fuma marihuana por primera vez; la segunda, por el fumador ocasional, cuyo consumo de la droga es esporádico y depende de factores circunstanciales; y el tercero, por el fumador habitual, para quien el consumo de la droga llega a ser una rutina sistemática, habitualmente cotidiana.

2) Antes que nada, consideremos los procesos por los que los diversos tipos de controles sociales se vuelven progresivamente menos efectivos a medida que el fumador pasa de un nivel de consumo de la droga a otro, o, alternativamente, la forma en que los controles impiden este cambio al seguir siendo efectivos. Los principales tipos de control que deben considerarse son: a) el control a través de la limitación del suministro y acceso a la droga; b) el control a través de la necesidad de impedir que los no fumadores

descubran que uno es fumador de marihuana; c) el control a través de la definición del acto como inmoral. El que dichos controles pierdan su efectividad, en los niveles y combinaciones que hemos de describir, puede considerarse una condición esencial para el consumo continuo e incrementado de la marihuana.

El suministro

El consumo de la marihuana se encuentra limitado, en primer lugar, por las leyes que hacen de la posesión o venta de la droga un delito sancionable con severas penas. Esto limita su distribución a fuentes ilícitas difícilmente accesibles a las personas comunes. Para que una persona pueda empezar a fumar marihuana, debe también iniciar su participación en algún grupo a través del cual estas fuentes de suministro lleguen a serle accesibles, grupo que habitualmente se encuentra organizado alrededor de una serie de valores y actividades que se oponen a los de la sociedad convencional.

En estos círculos no convencionales en los cuales ya se consume marihuana, es aparentemente sólo cuestión de tiempo que surja una situación en la cual se da al recién llegado la posibilidad de fumarla:

Estaba con esos tipos que conocía del colegio, y uno de ellos tenía un poco, de modo que se fueron a darse un viaje y directamente pensaron que yo también fumaba, ni siquiera me preguntaron, y yo no quise pasar por remilgado ni nada por el estilo, de modo que no dije nada y me fui con ellos al fondo. Estaban armando un par de cigarrillos.

En otros grupos, la marihuana no es directamente accesible, pero la participación en el grupo proporciona conexiones con otros en los cuales sí lo es:

Pero el caso es que no sabíamos dónde conseguirla. Ninguno de nosotros sabía dónde conseguirla o dónde averiguar para conseguirla. Bueno, estaba esta mina... tenía unas amigas negras y ya se había cargado con ellas. A lo mejor una o dos veces, pero sabía un poco más sobre el asunto que el resto de nosotros. De modo que consiguió un poco, a través de esas amigas negras, y una noche trajo un par de puchos.

En cualquiera de ambos casos, una tal participación provee las condiciones por las cuales llega a obtenerse la marihuana para probarla por primera vez. También provee las condiciones para el nivel siguiente de *uso ocasional*, en el cual el individuo fuma marihuana en forma esporádica e irregular. Cuando un indivi-

duo ha llegado, a través de sus experiencias previas, al punto en que es capaz de fumar marihuana por placer, su consumo de la droga tiende a ser, en un primer momento, función de su disponibilidad. El individuo usa la droga cuando está en compañía de otros que tienen provisión de la misma; de no ser así, deja de fumarla. Su consumo de la droga tiende, por lo tanto, a fluctuar en términos de las condiciones de disponibilidad de la misma creadas por su contacto con otros fumadores. Un músico en esta etapa de consumo de la droga, dijo:

Generalmente me mando mis vuelos cuando tengo algún trabajo para tocar; y no he tocado gran cosa últimamente... Te das cuenta, ya llevo doce años de casado, y realmente no he hecho gran cosa desde entonces. Tuve que buscarme un trabajo de día, sabés, y no he podido volver a tocar mucho. No he tenido muchos laburos, de modo que realmente no me he cargado muchas veces, te das cuenta.

Como te estaba diciendo, las únicas veces que realmente me fumo es cuando trabajo con otros tipos que fuman, y entonces fumo yo también. Como te estaba diciendo, no me he mandado un viaje desde hace unos seis meses. No me he cargado en todo ese tiempo. Entonces, desde que llegué a este trabajo, hace tres semanas, he viajado todos los viernes y sábados. Así es la cosa para mí.

[Al observar a este hombre durante un período de varias semanas, se vio que dependía totalmente de los otros miembros de la orquesta en la que trabajaba y de otros músicos que iban al bar donde tocaba, para conseguir la marihuana que fumaba.]

Si un fumador ocasional comienza a desplazarse hacia una forma de consumo más regular y sistemática, sólo puede hacerlo si encuentra una fuente de suministro más estable que los encuentros más o menos casuales con otros fumadores, y esto significa que debe establecer conexiones con personas que comercian con la venta de estupefacientes. Aunque se requiere hacer comprar en grandes cantidades para poder llevar a cabo un consumo regular, éstas habitualmente no se realizan con esa intención; pero, una vez realizadas, posibilitan esta forma de consumo, que no era anteriormente posible. El individuo tiende a realizar tales compras, a medida que se va sensibilizando a los controles del grupo de fumadores:

Yo andaba entonces con todo ese grupo de gente que se cargaba. Y ellos siempre me estaban cargando a mí, sabés, hasta que la situación se me volvió muy incómoda. Realmente me sentía mal de no tener nunca yo nada y no poder corresponder... De modo que anduve averiguando dónde podía conseguir un poco, y fui a comprar por primera vez.

La compra directa a un traficante, resulta también más económica, ya que no hay intermediarios y el comprador de grandes cantidades obtiene, al igual que en cualquier otro negocio, un precio más bajo.

Sin embargo, para poder realizar estas compras, el fumador debe tener una «conexión», o sea, conocer a alguien que se dedique al tráfico de drogas. Los traficantes operan en forma ilegal, y, para poder hacer negocios con ellos, uno tiene que saber donde encontrarlos y ser identificado por ellos en forma tal que no duden en hacer la venta. Esto resulta bastante difícil para las personas cuyo contacto con los grupos fumadores es sólo ocasional. Pero, a medida que una persona se va identificando con estos grupos y se la considera más digna de confianza, adquiere acceso a la información necesaria y es presentada a los traficantes. Al ser definido como miembro del grupo, también se lo define como una persona en quien se puede confiar que adquirirá las drogas sin comprometer a nadie.

Aún cuando lleguen a tener acceso a esta posibilidad, muchos individuos no hacen uso de la misma. El peligro de ser arrestado, inherente a semejante acto, hace que no lo intenten:

Si se la vendiera libremente, creo que la tendría a mano todo el tiempo. Pero así... [¿Querés decir que si no estuviera en contra de la ley?] Sí. [Bueno, eso quiere decir que no querés comprometerte en esas cosas...] Bueno, no quiero comprometerme demasiado, sabés. No quiero llegar a acercarme demasiado a la gente que trafica en serio. Nunca tuve muchas dificultades en conseguir pasto. Simplemente... siempre alguien tiene un poco y podés conseguirlo cuando querés. Ahora, por qué, exactamente, nunca me he encontrado con uno de esos contactos más o menos directos, supongo que podés explicarlo por el simple hecho de que nunca he sentido la necesidad de buscar uno.

Estos temores actúan sólo en tanto que no se intenta realmente la compra, ya que una vez que ésta se ha realizado con éxito, el individuo puede utilizar su experiencia para revisar su estimación del peligro implicado por este acto; la noción del peligro ya no impide la compra. En cambio, el individuo se acerca a la misma con un cuidado realista, la posibilidad del arresto. El comprador siente que está seguro, en tanto que observe ciertas precauciones elementales, dadas por el sentido común. Aunque muchos de los entrevistados habían realizado compras, sólo unos pocos relataron algún tipo de dificultad de naturaleza legal, y éstos la atribuyeron a su falta de precauciones.

Para aquellos que establecen estas conexiones, el consumo regular es a menudo interrumpido por el arresto o desaparición de su proveedor. En estas circunstancias, el fumador sólo puede man-

tener un consumo regular si se las arregla para encontrar una nueva fuente de suministro. En el ejemplo siguiente, un joven tuvo que abandonar por un tiempo el uso de la droga:

Bueno, cuando a Tom lo metieron en cana, y después Cramer, cómo fue eso... Ah, sí, yo le debía algún dinero y no lo vi por bastante tiempo, y cuando traté de verlo, se había mudado y no pude averiguar por ningún lado adónde se había ido el tipo. De modo que ahí voló esa conexión... [¿De modo que ya no supiste cómo conseguirla?] No. [¿Entonces tuviste que dejarla?] Sí.

La inestabilidad de las fuentes de suministro es un importante control del consumo regular, y refleja en forma indirecta el uso que la comunidad hace de las sanciones legales, al arrestar a los que trafican con drogas. La imposición de las leyes controla el consumo, no disuadiendo en forma directa a los consumidores por medio del miedo, sino haciendo que las fuentes de la droga sean inseguras, lo que dificulta aún más el acceso a las mismas.

Cada uno de los niveles de consumo, desde el primer contacto hasta el consumo rutinario, tiene su forma típica de suministro, la cual debe estar presente para que se produzca esa forma de consumo. En este sentido, los mecanismos sociales que actúan limitando la disponibilidad de la droga, limitan su consumo. Sin embargo, la participación en grupos en los cuales se fuma marihuana, crea condiciones en las cuales ya no actúan los controles que limitan el acceso a la droga. Esta participación también trae aparejada una mayor sensibilidad a los controles del grupo de fumadores, de modo que hay fuerzas que presionan a favor del uso de las nuevas fuentes de suministro. Los cambios en la forma de suministro crean a su vez las condiciones para el desplazamiento hacia un nuevo nivel de consumo. En consecuencia, puede decirse que los cambios en la participación en el grupo llevan a cambios en el nivel de consumo, al modificar las posibilidades de acceso del individuo a la marihuana en las condiciones actuales, en las cuales la droga sólo puede obtenerse a través de canales ilícitos.

El secreto

El uso de la marihuana se encuentra también limitado por el grado en el cual los individuos encuentran en la realidad que el mismo es inadecuado, o creen que lo será. Esta inadecuación, real o supuesta, surge del hecho o la creencia de que si los no fumadores descubren que uno fuma marihuana, le aplicarán algún tipo de sanciones importantes. La concepción que el fuma-

dor tiene de estas sanciones es vaga, ya que muy pocos fumadores parecen haber tenido una tal experiencia o haber conocido a alguien que la haya tenido: la mayoría de los fumadores de marihuana son desviados secretos. Aunque el fumador no sabe específicamente qué clase de castigo puede esperar, sus temores son claros: teme el repudio de aquella gente cuyo respeto y aceptación necesita, tanto práctica como emocionalmente. Es decir, que piensa que sus relaciones con los no fumadores serán alteradas y destruidas si algún día ellos llegan a enterarse, y limita y controla su conducta según la importancia que las relaciones con los extraños al grupo (los marginales) tiene para él.

Este tipo de control pierde su efectividad en el curso de la relación del fumador con otros fumadores y del desarrollo de su experiencia con la droga, a medida que llega a darse cuenta que, si bien es cierto que se le aplicarían sanciones si los no fumadores se enteraran, éstos no tienen por qué enterarse. A cada nuevo nivel de consumo, va creciendo esta percepción, que es la que hace posible el nuevo nivel.

Para el principiante, estas consideraciones son muy importantes y deben superarse para que pueda empezar a usar la droga. El observar a otros que aparentemente sienten que hay poco o ningún peligro y que parecen dedicarse a esta actividad con impunidad —los fumadores más experimentados— constituye un desafío a sus temores. Si uno «la prueba una vez», puede aplacar sus temores con observaciones de este tipo. El contacto con otros fumadores provee así al principiante de las racionalizaciones con las cuales intentar el acto por primera vez.

La mayor participación en el consumo de marihuana permite al novicio llegar a la conclusión de que este acto puede ser inocuo, sin que importe la frecuencia con que se realiza, siempre que uno sea cuidadoso y se asegure de que no hay individuos no fumadores presentes o que puedan aparecer. Este tipo de perspectiva constituye un prerrequisito necesario para el uso ocasional, en el cual uno consume la droga cuando otros fumadores lo invitan a acompañarlos. Si bien permite este nivel de consumo, una tal perspectiva no es suficiente para que se produzca el consumo regular, ya que los mundos del fumador y el no fumador, si bien se separan en un grado que permite la existencia del consumo ocasional, no están completamente segregados. Los puntos en que estos dos mundos entran en contacto son vistos por el fumador ocasional como algo peligroso, y debe, por lo tanto, confinar su uso a aquellas ocasiones en las que un tal encuentro parece poco probable.

El consumo regular implica, por el contrario, un consumo sistemático y rutinario de la droga, que no toma en cuenta estas posibilidades ni planea sus períodos de «vuelo» en base a las mismas.

Esta modalidad de consumo depende de otro tipo de actitud hacia la posibilidad de que los no fumadores se enteren, la actitud de que el uso de la marihuana puede llevarse a cabo frente a las propias narices de los no fumadores o, alternativamente, viviendo en una pauta de participación social que reduzca los contactos con no fumadores casi a cero. Sin este ajuste en su actitud, su participación social, o ambas a la vez, el fumador está obligado a mantenerse en el nivel del consumo ocasional. Estos ajustes se realizan en términos de los dos tipos de riesgo implicados; primero, que los no fumadores descubran la marihuana que uno guarda y, segundo, que uno sea incapaz de ocultar los efectos de la droga cuando está «cargado» en presencia de no fumadores. Las dificultades que, en términos de posesión de la droga, tiene un fumador que estaría dispuesto a entrar en un consumo regular pueden ejemplificarse con los comentarios de un joven que intentó, sin poder lograrlo, hacer un consumo regular de la droga mientras vivía con sus padres:

Nunca me gustó tenerla en mi casa, sabés. [¿Por qué?] Bueno, pensaba que tal vez mi madre podría encontrarla, o algo por el estilo. [¿Qué pensás que diría?] Oh, bueno, algo como... bueno, nunca hablan de eso, sabés, nada sobre drogadictos ni nada que se le parezca, pero sería realmente un lío en mi caso, estoy seguro, por mi familia, que es tan grande. Y mis hermanos y hermanas, me tratarían peor que nadie. [¿Y no querés que eso pase?] No, me temo que no.

En estos casos, la representación mental de las consecuencias del descubrimiento de este secreto impide que el individuo mantenga una provisión de la droga, indispensable para el consumo regular. El consumo sigue siendo errático, dado que debe depender de los encuentros con otros fumadores, y no puede realizarse siempre que el fumador lo desea.

A menos que descubra algún método para sobreponerse a esta dificultad, el individuo sólo puede progresar hacia un consumo regular cuando la relación que impide dicho consumo se ha roto. No es habitual que la gente abandone sus hogares y sus familias para poder fumar marihuana regularmente, pero, si por cualquier motivo llegara a hacerlo, el consumo regular, proscrito hasta el momento, se transforma en una posibilidad. Los fumadores habituales confirmados toman frecuentemente muy en cuenta el efecto que la formación de nuevas relaciones sociales con no fumadores pueda tener sobre su consumo de la droga:

No me casaría con alguien que armara lío si yo fumo, sabés. Quiero decir, que no me casaría con una mujer que me tuviera tan poca confianza como para pensar que yo haría algo... Sabés, quiero decir algo como hacerme daño a mí mismo o tratar de hacerle daño a alguien.

Si tales relaciones llegan a formarse, el consumo tiende a revertir al nivel de consumo ocasional:

[Este hombre había fumado marihuana en forma bastante intensa, pero su mujer se oponía.] Desde luego que el principal motivo por el que interrumpí fue mi esposa. Hubo algunas veces que tuve ganas... no eran en absoluto deseos incontrolables, pero simplemente que me hubiera gustado tener un poco. [Le fue imposible continuar fumando la droga, salvo en forma irregular, en aquellas ocasiones en que se encontraba lejos de la presencia y control de su esposa.]

Si el individuo se pasa en forma casi total al grupo de fumadores, en muchos aspectos el problema deja de existir, y le es posible realizar un consumo regular, a menos que haga una nueva conexión con el mundo más convencional.

Si una persona fuma marihuana en forma regular y rutinaria, es prácticamente inevitable —dado que si siquiera en la sociedad urbana pueden mantenerse completamente separados tales roles— que se encuentre algún día «en vuelo», estando en compañía de individuos no fumadores a quienes quiere ocultar su consumo de marihuana. Dada la variedad de síntomas que la droga puede producir, es natural que el fumador tema que su conducta pueda revelar que está «cargado», que no sea capaz de controlar los síntomas, descubriendo así su secreto. Los fenómenos tales como la dificultad de concentrar la atención o de llevar a cabo una conversación normal, crean el temor de que todo el mundo sabrá exactamente el motivo por el cual uno se comporta de esa manera, de que el comportamiento será automáticamente interpretado como un signo de los efectos de la droga.

Aquellos fumadores que progresan hacia el consumo regular, se las arreglan para evitar este dilema. Puede suceder, como hemos señalado anteriormente, que lleguen a participar en forma casi exclusiva en el grupo subcultural en el cual se realiza dicha práctica, de modo que simplemente tienen un mínimo de contactos con no fumadores cuyas opiniones les afecten. Dado que este aislamiento de la sociedad convencional es raras veces completo, el fumador debe aprender algún otro método para evitar el dilema, método que es el más importante para aquellos cuya participación social no llega nunca a segregarse en forma tan completa. Este método consiste en aprender a controlar los efectos de la droga cuando uno está en compañía de no fumadores, de modo de poder engañarlos y lograr mantener el secreto, aún cuando uno continúe sus contactos con ellos. Si uno no puede aprender esto, existen una serie de situaciones en las cuales no se anima a «volar» y, en consecuencia, el consumo regular resulta imposible:

Mirá, te voy a contar algo que directamente me liquida, hermano; quiero decir

que es realmente terrible. ¿Te pasó alguna vez que te cargaste y luego tuviste que enfrentar a tu familia? A eso le tengo verdadero pánico. Como tener que hablar con mi padre, o con mi madre, o mis hermanos; eso es demasiado, hermano. No puedo hacerlo. Siento que están ahí sentados mirándome y que saben que estoy fumando. Es una cosa horrible; realmente no la puedo aguantar.

La mayoría de los fumadores sienten lo mismo y sólo pueden pasar a un consumo regular, si lo hacen cuando tienen una experiencia que cambia su concepción sobre las posibilidades de ser detectado, como la siguiente:

[¿Fumabas mucho al principio, entonces?] No, no demasiado. Como te dije, tenía un poco de miedo. Pero al final fue por 1948 que realmente empecé a fumar en serio. [¿De qué tenías miedo?] Bueno, tenía miedo de mandarme un vuelo alguna vez y no poder manejarme, te das cuenta; quiero decir que tenía miedo de aflojarme y ver qué pasaba después. Sobre todo cuando trabajaba. No podía confiar en mí mismo cuando estaba fumado; tenía miedo de irme demasiado lejos y perder el conocimiento o hacer cosas estúpidas. No quería destaparme demasiado.

[¿Y cómo pudiste superar eso?] Bueno, es una de esas cosas grandes que pasan, hermano. Una noche me cargué y de pronto me sentí realmente bien, relajado, sabés, estaba realmente flotando. Desde ese momento he podido fumar todo lo que quiero sin meterme en ningún lío. Siempre puedo controlarlo.

La experiencia típica es aquella en la cual el fumador se encuentra en una situación en la que tiene que hacer, estando «en vuelo», algo de lo que está absolutamente seguro que no puede hacerlo en ese estado. Para su sorpresa, descubre que puede hacerlo y ocultar a los demás el hecho de que está bajo la influencia de la droga. Uno o más acontecimientos de esta clase le permiten llegar a la conclusión de que su desviación puede permanecer secreta, de que sus cuidados han sido excesivos y basados en premisas falsas. Si ahora desea consumir la droga regularmente, ya no será disuadido por el miedo, pues ahora puede aprovechar esta experiencia para justificar la creencia de que los no fumadores no tienen por qué enterarse:

[Yo sugerí que a muchos fumadores les resulta difícil realizar tareas de trabajo adecuadamente mientras están «cargados». El entrevistado, un técnico en maquinarias, replicó contando la historia de cómo logró superar esta barrera.]

A mí no me molesta de ese modo. Tuve una vez una experiencia que me lo demostró. Había ido a una fiesta bastante brava la noche anterior y me calenté bastante, con pasto [marihuana] y con alcohol también. Me calenté tanto que al día siguiente, cuando fui a mi trabajo, estaba totalmente ido. Y, para colmo, tenía un trabajo muy importante que hacer; tenía que ser prácticamente perfecto, un laburo de precisión. El patrón me lo había estado recomendando durante varios días, explicándome cómo hacerlo y todo lo demás.

[Fue al trabajo estando «totalmente ido» y, por lo que puede recordar, debe de haber hecho el encargo, aunque no lo recuerda claramente, ya que estaba muy «cargado».]

Alrededor de las cuatro menos cuarto, acabé por aterrizar y pensé: «¡Dios mío! ¿Qué estoy haciendo?» De modo que largué el trabajo y me fui a casa. Esa noche, apenas si pude dormir, de lo preocupado que estaba de si había jodido el trabajo o no. Fui por allí la mañana siguiente, el patrón puso el coso en el microscopio, y resulta que había hecho el maldito trabajo a la perfección. De modo que después de eso no me volví a preocupar. Algunas mañanas fui a trabajar estando completamente en órbita y no tengo ningún problema.

Este problema no tiene la misma trascendencia para todos los fumadores, ya que también están aquellos cuya participación social tiene tales características que el mismo no puede surgir; están completamente integrados en el grupo desviado. Todas sus relaciones saben que fuman marihuana y a ninguno le importa, mientras que sus contactos convencionales son escasos y carecen de importancia. Además, algunas personas encuentran soluciones muy propias que les permiten comportarse como un individuo «cargado» sin que nadie se entere:

Ellos [los muchachos del vecindario] nunca pueden saber si estoy cargado. Casi siempre lo estoy, pero no lo saben. Te das cuenta, yo siempre tuve la fama, durante toda la escuela secundaria, de ser un poco raro, de modo que, haga lo que haga, nadie me da mucha bolilla. Así me las arreglo para estar cargado sin problemas en prácticamente cualquier lugar.

En resumen, los individuos limitan su consumo de marihuana en proporción a la intensidad de su miedo, realista o no, de que las personas no fumadoras que les son importantes descubran que consumen drogas y reacciones con algún tipo de castigo. Este tipo de control se desbarata cuando el fumador descubre que sus temores son excesivos y poco realistas, a medida que llega a concebir esta práctica como algo que puede mantenerse secreto con relativa facilidad. Cada nivel de consumo sólo puede darse cuando la persona ha revisado su concepción de los peligros implicados en el mismo, de modo tal de permitirlo.

La moral

Otro medio por el cual se controla el consumo de marihuana, son las nociones morales convencionales. Los imperativos morales básicos que actúan en este caso son los que requieren que el individuo sea responsable de su propio bienestar, y capaz de controlar su conducta racionalmente. El estereotipo del adicto a las drogas representa a una persona que viola estos imperativos. Una

descripción reciente del fumador de marihuana da una imagen de las principales características de este estereotipo:

En las primeras fases de la intoxicación, la voluntad queda anulada y se liberan las inhibiciones y frenos; las barreras morales se desmoronan y a menudo la consecuencia es el libertinaje y la sexualidad. En los casos en que hay una inestabilidad mental inherente, la conducta es generalmente violenta. Un ego-céntrico gozará con delirios de grandeza, el tímido sufrirá ansiedad, y el individuo agresivo a menudo recurrirá a actos de violencia y crimen. Se liberan las tendencias dormidas y, si bien el sujeto puede saber lo que está pasando, ha perdido el poder de impedirlo. El consumo constante de la droga produce una incapacidad para el trabajo y una pérdida de propósitos.¹

Podemos agregar a todo esto, desde luego, la noción de que el fumador se transforma en un esclavo de la droga, de que se somete voluntariamente a un hábito del cual no existe escapatoria. La persona que se toma este estereotipo en serio se encuentra con un obstáculo para poder consumir drogas. No comenzará, continuará o aumentará su consumo de marihuana a menos que pueda neutralizar su sensibilidad frente a este estereotipo, aceptando una alternativa de esta práctica. De no ser así, se condenará a sí mismo, en la misma forma en que lo haría la mayoría de los miembros de la sociedad, como a un desviado, extraño al grupo (un marginal).

En algún momento, el principiante ha compartido la visión convencional del asunto. Sin embargo, es probable que, en el curso de su participación en un segmento no convencional de la sociedad, adquiera una visión más «emancipada» de las normas morales que van implícitas en la caracterización usual del consumidor de drogas, por lo menos al punto de no rechazar en forma inmediata ciertas actividades simplemente porque son convencionalmente condenadas. El hecho de observar como otros usan la droga, puede tentarlo aún más para aplicar su rechazo de las normas convencionales al caso específico del uso de la marihuana. Esta participación tiende, entonces, a proveer las condiciones en las cuales pueden evitarse los controles en un grado suficiente, por lo menos, como para que se pruebe la droga por primera vez.

En el curso de su posterior experiencia con grupos en los cuales se consumen drogas, el novicio adquiere una serie de racionalizaciones y justificaciones con las cuales puede responder a las objeciones al consumo ocasional de la droga, si es que decide intentarlo. Si él mismo planteara las objeciones de la moral convencional, encontraría las respuestas preparadas en el folklore de los grupos de fumadores de marihuana.

1. H. J. Anslinger y William F. Tompkins, *The Traffic in Narcotics* (Nueva York: Funk and Wagnalls Co., 1953), págs. 21-22.

Una de las racionalizaciones más comunes es que las personas convencionales se permiten prácticas mucho más dañinas y que un vicio comparativamente menor como el fumar marihuana no puede estar realmente mal, cuando cosas tales como el consumo de alcohol son tan generalmente aceptadas:

[¿Entonces, no te gusta el alcohol?] No, no me gusta en absoluto. [¿Por qué no?] No sé por qué. Simplemente no me gusta. Bueno, sabés, en realidad la cosa es así. Antes de llegar a la edad en que los pibes empiezan a chupar, yo ya había probado el pasto, y había visto sus ventajas, sabés, quiero decir que uno no se descompone y es mucho más barato. Esa fue una de las primeras cosas que aprendí, hermano. ¿Para qué querés chupar? El chupi es una taradez, sabés. Es mucho más barato el pasto, y además no te descomponés, no es algo grosero y toma menos tiempo. Además llegó a ser la onda, sabés. De modo que fumé pasto antes de llegar a chupar, te das cuenta...

[¿Qué querés decir con que es una de las primeras cosas que aprendiste?] Bueno, quiero decir que, como te contaba, recién estaba empezando a trabajar en orquestas cuando empecé a cargarme y también tenía la posibilidad de chupar mientras trabajaba, pero esos tipos me dijeron que chupar era una taradez. Ellos no chupaban tampoco.

Posteriores racionalizaciones permiten al fumador sugerirse a sí mismo que los efectos de la droga no son dañinos sino beneficiosos:

He fumado algunas que me hacen sentir... con muchas fuerzas y también me da un apetito muy fuerte. Te da mucha hambre. Probablemente sea buena para alguna gente que le falta peso.

Finalmente, en esta etapa, el fumador no toma la droga en cualquier momento. Su consumo está planeado: hay momentos en los que lo considera apropiado y otros en que no. La existencia de este plan le permite asegurarse de que controla la droga, y se convierte en un símbolo de la inocuidad de esta práctica. El hecho de que hay momentos en los que, por principio, no usa la droga, puede usarse, entonces, para demostrarse a sí mismo su libertad con respecto a la misma.

Me gusta cargarme y generalmente lo hago cuando estoy relajado, haciendo algo que me gusta, como escuchar un disco de música clásica realmente bueno, o tal vez una película o algo parecido, o escuchar la radio. Con algo que me gusta, no con algo en que participo, como... Yo juego al golf durante el verano, y un par de tipos con los que suelo jugar se cargaron mientras estaban jugando al golf, y yo no lo puedo entender, porque, no sé, cuando estás participando en algo, querés que toda tu mente esté en lo que estás haciendo y nada más, y si estás... porque pienso, es decir, sé que te hace relajar y... no pienso que lo puedas hacer tan bien.

El uso ocasional puede darse en un individuo que acepta estos

puntos de vista, ya que ha reorganizado sus nociones morales de un modo tal que lo permite, principalmente al adquirir la concepción de que las nociones morales convencionales sobre las drogas no se aplican a esta droga y que, en cualquier caso, su propio uso de la misma no ha llegado a ser excesivo.

Si su consumo progresa hasta el punto de llegar a ser regular y sistemático, las dudas morales pueden surgir nuevamente para el fumador, ya que está empezando a parecerse, tanto para sí mismo como para los demás, al «drogadicto» descontrolado de la mitología popular. Debe autoconvencerse nuevamente, si es que va a continuar con el consumo regular, de que no ha cruzado esta línea. Tanto este problema como una posible solución del mismo, pueden verse en el siguiente comentario, hecho por un fumador habitual:

Sé que no produce hábito, pero estaba un poco preocupado sobre si sería fácil o no dejarla, de modo que lo intenté. Yo estaba fumando todo el tiempo, y después simplemente la dejé por una semana para ver qué pasaba. No pasó nada. De modo que así supe que todo estaba O.K. Desde entonces la fumé todo lo que quise. Desde luego que no me gustaría ser un esclavo de la droga ni nada que se le parezca, pero no creo que eso pudiera pasar a menos que yo fuera neurótico o algo por el estilo, y no creo serio, por lo menos no a ese extremo.

La anterior racionalización de que la droga tiene efectos benéficos sigue inmodificada, e incluso puede sufrir una elaboración considerable. Pero la duda planteada en esta última cita resulta ser más problemática. Frente a su consumo aumentado y regularizado de la droga, el fumador no está seguro de que pueda realmente controlarla, de que no se ha transformado, tal vez, en un esclavo de un hábito vicioso. Entonces realiza pruebas —abandona la droga y espera las consecuencias— y cuando ve que nada pasa, el fumador ya puede llegar a la conclusión de que no hay nada que temer.

El problema es, sin embargo, más difícil para algunos de los fumadores más sofisticados que derivan sus directivas morales, no tanto del pensamiento convencional, como de la «teoría» psiquiátrica popular. Su propio uso de la droga les preocupa, no en términos convencionales, sino por lo que puede estar indicando con respecto a su salud mental. Al aceptar el pensamiento habitual sobre los motivos del consumo de drogas, deducen que nadie consumiría drogas en grandes cantidades, a menos que «algo» anduviera «mal» con él, a menos que hubiera algún desajuste neurótico que hace que las drogas le sean necesarias. El hecho de fumar marihuana se transforma en un símbolo de debilidad psíquica y, en última instancia, de debilidad moral. Esto predispone al individuo en contra de un posterior consumo regular y provoca un

retorno al consumo ocasional, a menos que descubra una nueva racionalización.

Bueno, me pregunto si lo mejor no será no tomar nada en absoluto. Eso es lo que dicen. Aunque he oído que los psiquiatras dicen: «Fumen todo el pasto que quieran, pero dejen tranquila a la heroína.»

[Bueno, eso suena razonable.] Sí, pero ¿cuántos pueden hacerlo? No son tantos... Creo que un setenta y cinco por ciento o tal vez un porcentaje aún mayor de la gente que se carga tiene un esquema de conducta que los va a llevar a fumar cada vez más pasto para alejarse cada vez más de las cosas. Creo que yo mismo lo tengo, pero pienso que, como soy consciente de eso, lo puedo manejar.

La noción de que el ser consciente de un problema implica resolverlo, constituye una racionalización autojustificativa, en el ejemplo anterior. Cuando no pueden encontrarse justificaciones, el consumo continúa siendo ocasional, y el fumador explica sus razones en términos de su concepción de la teoría psiquiátrica:

Bueno, yo creo que la gente que se dedica a los narcóticos y al alcohol y a las bebidas, cualquier estimulante de ese tipo, en ese nivel, están probablemente tratando de escapar a un problema más serio que el fumador más o menos ocasional. No creo que yo esté escapando de nada. Pienso, sin embargo, me doy cuenta de que todavía me falta mucho para adaptarme... De modo que no puedo decir que tenga ningún problema o insuficiencia neurótica seria que esté tratando de manejar. Pero en el caso de algunas personas que conocí, individuos que eran alcohólicos crónicos o morfínomanos, o fumadores muy habituales, me he encontrado con que además de la adicción tenían algún desajuste en su personalidad.

Así vemos que algunas concepciones de tono moral con respecto a la naturaleza del consumo de drogas y de los consumidores de drogas actúan sobre el fumador de marihuana. Si el mismo no es capaz de disipar con explicaciones o ignorar estas concepciones, directamente nunca consumirá la droga, y el grado de consumo parece estar relacionado con el grado en el cual estas concepciones dejan de influirlo, siendo reemplazadas por las racionalizaciones y justificaciones habituales entre los fumadores.

En resumen, una persona se sentirá libre de fumar marihuana de acuerdo con el grado en el cual llegue a considerar las concepciones convencionales sobre la droga como puntos de vista de individuos no informados, extraños a esta práctica (marginales), y reemplace dichas concepciones con la visión «de adentro» que ha adquirido a través de su experiencia con la droga en compañía de otros fumadores.